

poner de manifiesto que el ser está presente en todo momento en el vivir y el pensar humanos. El hombre puede hablar del absurdo y de la nada, pero, incluso en esos momentos, su hablar es posible en virtud del ser y de la vida que en todo instante le sostienen. El absurdo no es una realidad que deba ser afirmada para, desde ella, saltar al ser, sino mera palabra, a la que no subyace una realidad. En otros términos, una vez señalada la vaciedad del absurdo, no basta con situar frente a él la realidad de la fe, sino que resulta necesario volver atrás, al punto de partida, y mostrar las implicaciones que la dimensión metafísica tiene en todo el existir humano. Pienso que Dartigues no lo ignora, y las referencias a la metafísica son claras en su obra. Pero hubiera sido de desear, a nuestro juicio, una reafirmación más neta.

JOSÉ LUIS ILLANES

Luigi GIUSSANI, *El sentido religioso*, Madrid, Eds. Encuentro, 1981, 100 pp., 18 × 11.

El autor ha sido animador del movimiento *Comunione e liberazione*, tan importante en el cristianismo italiano de los últimos años. *Il senso religioso*, publicado en 1966, reúne y sintetiza las notas recogidas por los alumnos de Giussani a lo largo de diez años de enseñanza religiosa en los liceos milaneses. En esas clases presentaba «la propuesta de una posible experiencia de cristianismo», sensible a los valores de la persona, pero también crítica respecto a algunos ídolos culturales de amplia difusión. Giussani parte de una decisión firme de «no rebajar la novedad cristiana».

El libro tiene cuatro partes. La primera («El fondo de la cuestión»), relaciona el sentido último de la existencia, en cuanto cuestión inevitable del hombre, con el *sentido religioso, sentido de dependencia original y total* que sella la entraña creatural del hombre. La tradición histórica de la humanidad ha perfilado ese sentido, refiriéndolo a la conciencia moral y al conocimiento de la sumisión al ser último.

La segunda parte («Conocimiento y misterio») analiza cómo se actualiza, de hecho, esa radical capacidad de Dios que por inicial vocación tiene todo hombre. Es el mundo, el cosmos, lo que incita el sentido religioso, porque las cosas que nos rodean resultan ser una «Palabra natural» del Hacedor. El sentido de la belleza de la naturaleza lleva al hombre al conocimiento de su propia espiritualidad como «existencia humana» y también le conduce al discernimiento de quien sea Dios. El mundo está poblado de *signos* de Dios; la clave para descifrarlos es la noción de *criatura*, es decir, la realidad de la íntima dependencia ontológica del mundo. Pero «la puesta en práctica de esa capacidad enérgica de adherir al ser es la *libertad*» (p. 40). Una libertad que necesita ser alimentada, adecuada, en el seno de la comunidad humana, en el desarrollo de una vida religiosa común. Con todo, la vida religiosa no deja de ser problemática: quien resulta reconocido por signos es un *Deus absconditus* que se sitúa en una fundamental trascendencia, en el ámbito del misterio. En este punto se insinúa

la posibilidad de la idolatría, el incorrecto desciframiento religioso de la experiencia del mundo; esta trágica posibilidad hace sumamente conveniente la hipótesis de una revelación divina, moralmente necesaria en el orden de la religiosidad humana natural.

«Revelación» es el título de la parte tercera, que busca en la historia la realidad de esta hipótesis. Giussani, recreando la historia de la Revelación veterotestamentaria, va articulando una fenomenología de la situación humana ante Dios Revelador: la fe. Tener fe es escuchar, aceptar, fiarse y, en último término, *disponibilidad absoluta*.

El premio divino a esa actitud de fe es la *comunión*, el ser introducido el hombre en la compañía de Dios. Ese evento fundamental tiene lugar especialmente por medio de Jesús. El autor se pregunta por el surgimiento de «lo cristiano» y va a encontrarlo en la experiencia histórica de quienes vivieron con Jesús, al hilo de los Evangelios. Ahora el sentido religioso podrá desarrollarse en función de una relación de convivencia con el Hijo, configurándose como «imitación del misterio último, hecho *gesto visible*» (p. 75). El hombre vive la religiosidad convirtiéndose en discípulo de Cristo.

Cristo es quien nos comunica la vida íntima de Dios, introduciéndonos en el misterio del Amor: la Trinidad. Desde entonces la dimensión de *dependencia* que estructura el sentido religioso se perfecciona y potencia en la «máxima dependencia del yo respecto de Dios» que es la adhesión total del amor. El cristianismo es la plenitud y la cumbre de la religiosidad.

¿Cómo realizar hoy esa experiencia del encuentro con la presencia de Cristo? El último capítulo de esta obra («Presencia e historia») comienza describiendo el decreto divino de prolongar la presencia de Cristo en la Historia por medio de la Iglesia. Por eso siempre resulta posible el encuentro con Cristo si se vive la comunidad de la Iglesia. En este misterio reside la dignidad incomparable y la responsabilidad de los cristianos: «pertenecer a la Iglesia, ser cristiano, es la función suprema que el hombre está llamado a desarrollar en el mundo» (p. 89), porque los cristianos pueden hacer presente a Cristo en el mundo.

Esa presencia de «la piedra angular» se realiza en su dimensión gnoseológica, como la realidad del misterio de Verdad y certeza que opera a través de la Autoridad infalible —el Papa y los Obispos—: «la Roca sobre la cual el espíritu humano puede construir su relación con Dios» (p. 92). La vida religiosa se expande cuando la inteligencia se ejercita sobre la Verdad revelada recibida (formación doctrinal), profundizando en ella (estudio teológico), para concluir contemplándola y experimentándola (vida mística).

La familiaridad y connaturalidad de la verdad de Cristo con el hombre, hace posible que una determinada cultura y civilización queden impregnadas de espíritu cristiano, cuando cada hombre integra las realidades y los valores auténticamente humanos con la fe y la vida de fe.

Pero la novedad del cristianismo no consiste sólo en la revelación del misterio de Dios, sino en la realización histórica de ese misterio de comunión: «se inicia *un nuevo misterio del mundo*» (p. 96), porque la comunión personal del hombre con Dios se realiza concretamente a través de los gestos de Cristo. «Estos gestos que son los sacramentos, continúan en el

tiempo, invaden la tierra; e intentan llegar a todo hombre» (p. 98). «La nueva relación del hombre con Dios se origina en el sacrificio de la Cruz, la Misa hace presente continuamente el Origen de todos los Sacramentos, la Fuente de toda comunicación sobrenatural. Por esta razón, es el centro de la vida nueva del sentido religioso» (pp. 89-99).

El conjunto de esos gestos sacramentales es la liturgia. En ella ha de buscarse «el instrumento más perfecto de educación del sentido religioso» (p. 99) en el tiempo presente. Giussani concluye propiciando que desde el espíritu de la liturgia los cristianos sepan animar «el movimiento de la historia y del cosmos» (p. 100).

El hilo del pensamiento va surgiendo, a lo largo del texto, de una patente inspiración bíblica, bien articulada con referencias a la cultura contemporánea.

En conclusión, he aquí un programa sugerente que quiere llegar a descubrir lo específico del cristianismo en diálogo con el hombre de hoy. El autor ofrece un compendio de notas e ideas para orientar una Introducción al Cristianismo desde el fenómeno religioso.

Giussani afronta la tarea sin edulcorar las exigencias de la fe cristiana. Por ello, su obra puede aportar sugerencias muy útiles para la enseñanza de la religión en las escuelas.

JOSÉ MIGUEL ODERO

Miguel Angel TABET, *Una introducción a la Sagrada Escritura*, Madrid, Ed. Rialp («Naturaleza e Historia», 50), 1981, 188 pp., 12 × 19.

El interés de este libro es puesto de relieve por la presentación que hace de él Mons. Salvatore Garofalo, miembro de la Pontificia Comisión Bíblica, y Secretario para la Pontificia Comisión de la Neovulgata. Con palabras del ilustre biblista se puede decir que el Dr. Tabet, profesor de Sagrada Escritura en la Universidad de Navarra, «con intención feliz, se ha tomado la tarea de recordar los principios fundamentales de una correcta lectura de la Biblia a la luz de las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino, a cuya doctrina se remiten las grandes encíclicas modernas que han señalado las etapas de renovación y de progreso en los estudios bíblicos de la Iglesia (...) y la misma Constitución conciliar *Dei Verbum* (n. 11)» (p. 10). Se trata por tanto de una obra de corte clásico que quiere recordar al mundo de la exégesis bíblica puntos fundamentales que nunca se deben olvidar. En este sentido puede ser de gran utilidad para los profesores de Introducción a la Sagrada Escritura.

La obra consta de una Introducción (pp. 13-19) y tres capítulos. Al final se presenta un índice de materias y otro de textos citados del Magisterio, de la Sagrada Escritura y de Santo Tomás (pp. 163-181).

El primer capítulo, *La índole sagrada de la Biblia*, está dedicado a profundizar en las consecuencias que se derivan del origen divino de la Sagrada Escritura; la fe en este punto constituye el «fundamento principal de la exégesis de Santo Tomás» (p. 22): *Auctor sacrae Scripturae est Deus* (*S. Th.*, I, q. 1, a. 10, c). Se destaca en primer lugar la singularidad de la